

Prólogo

Para la gran mayoría de las personas, la pérdida de su trabajo constituye un trauma mucho mayor del que ellas mismas son conscientes de padecer.

Nuestro trabajo, nuestro empleo, tiene muchas vertientes. Por una parte, es la actividad que realizamos durante más tiempo y por ella nos reconocen e identifican en la empresa, organización o lugar donde la desempeñamos, que es nuestro principal ámbito de actuación.

Nos reconocen el valor que aportamos y nos pagan por ello. Nos identifican por la función que hacemos y nos sitúan en algún lugar del *ranking*, escalafón, jerarquía o importancia dentro de la organización. Eso forma parte de nuestra autoestima y de nuestro sentido de pertenencia. Lo que nos pagan configura y alimenta nuestro modo de vida.

Por otra, en el trabajo tenemos compañeros con los que nos llevamos bien, otros con los que sólo tenemos trato y a veces, algunos con los que somos antagonistas «de piel». Tenemos jefes a los que observamos, con los que intentamos comunicarnos, a los que intentamos conocer, comprender e interpretar y lograr que nos comprendan, que nos valoren. Nosotros también les evaluamos y criticamos. Tenemos, a veces, subordinados directos, a los que les pedimos que hagan cosas, a los que tenemos que comprender, motivar, supervisar, evaluar. Tenemos también subordinados indirectos que no nos ven como sus superiores, pero de los que también tenemos que conseguir que hagan cosas de buen grado.

La verdad es que en el trabajo nos movemos en un bosque de relaciones con plantas enredaderas, altos árboles, zarzas y matorrales espesos que no nos dejan ver más allá. Pero vamos a ese bosque todos los días, y allí nos vamos dejando trozos de vida, de energía, de alegrías y sinsabores, de éxitos y disgustos.

Nuestro trabajo es muy importante. Son muchas cosas, mucha gente, los de dentro y los de fuera. Es una parte fundamental de nuestro entorno, de nuestra vida.

De pronto, tanto da, de forma súbita o anunciada, te dicen que se acabó, que te vayas. Es el primer golpe. Después vienen otras sacudidas: ¿Cuánto me van a pagar? ¿Qué me corresponde? ¿Qué voy a hacer ahora?

Empieza el desgarrar y los jirones de piel y carne que se quedan en el camino a medida que nos alejamos de ese centro de relaciones, de asistencia diaria, de las paredes de nuestro puesto, de nuestra gente, de nuestras cosas de allí.

Cuando alguien lleva tiempo haciendo un trabajo en una empresa pierde mucho más que una actividad remunerada y la pertenencia a una organización.

El libro que tienes en tus manos, querido lector o lectora, trata de todas esas cosas tal y como sus autores las han vivido. Hay pinceladas dulces de humor y otras tan sólo agris dulces, todas imbuidas de un espíritu positivo, de un ánimo que aunque suba y baje siempre está ahí.

Este es un libro cálido que hay que beberse o tomarse a cucharadas como esa taza de sopa cremosa y caliente que nos reconforta en los días grises de invierno y lluvia. Sólo que este guiso te lo puedes tomar también en días de sol.

Estas páginas conducen a la vida que se regenera cuando una etapa muere y resurge otra nueva, llena de ilusiones. Hace pensar y ver las cosas de otra manera, con perspectiva y con un sentido realista y positivo.

Creo que las personas que se sienten seguras en su trabajo

Prólogo

deberían leerlo. Porque cuando se está instalado en el bienestar y en la rutina es cuando hay que tejer esa red de contactos, de amigos y conocidos, de clientes y proveedores, que es la que nos salvará si un día nos caemos del trapecio.

Conozco a los autores y son gente magnífica. Ellos y ellas han pasado por esa etapa de cambio profesional en sus vidas y han sabido gestionarla como hay que hacerlo. Han sabido apoyarse unos a otros y crear la sinergia de realizar este «libro orquesta». En él, todos los instrumentos se han acompasado y suenan en una maravillosa melodía de esperanza, de seguridad de que hay solución, de que hay un futuro y es mejor.

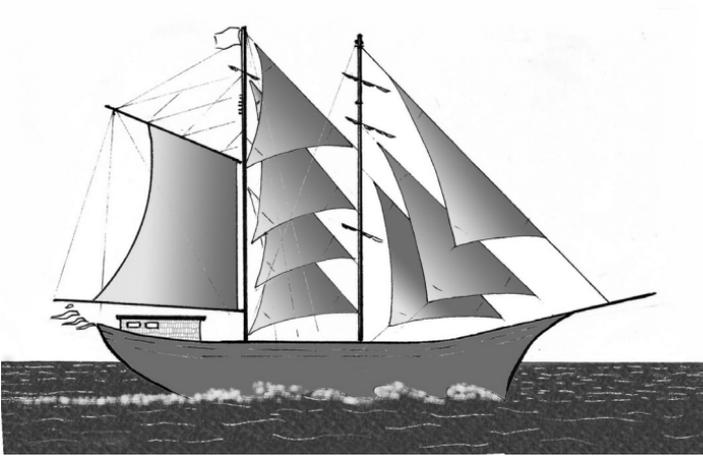
En los veinticinco años que hemos venido ayudando a decenas de miles de personas a reanudar con éxito su transición profesional, hemos visto muchas cosas maravillosas.

Posiblemente este trabajo, fruto de una espontánea sinergia entre los autores y colaboradores, sea una de las experiencias más bellas que hemos compartido. Disfrútalo, tanto si estás en la seguridad como en la incertidumbre, independientemente del nivel y la posición que ocupes o hayas ocupado, y compártelo con otras personas. Porque esta es una obra para todos los que tenemos que atravesar esta tormenta de arena, de tribulación y crisis de los tiempos que corren. Y nada como aprender y reflexionar con quienes ya vivieron la suya y salieron airosos.

FERNANDO DE SALAS
Presidente de UniConsult

1

A toda vela



Aquí se inicia un recorrido cronológico por las diferentes etapas de las transiciones profesionales, tanto del ficticio Juan que nos acompañará al principio de cada capítulo como de los relatos verdaderos de las diferentes personas que han contribuido con este libro, que se expondrán a continuación. En cada una de ellas se describen vivencias sobre las facetas emocionales, profesionales, familiares y del entorno que las conforman. Estas experiencias aportarán al lector una mejor perspectiva y mayor preparación para enfrentarse a las mismas.

En este primer capítulo se habla de cómo el día a día del trabajo nos absorbe. De la importancia de ser consciente de que el cambio es una posibilidad permanente. De cuidar los contactos y mantener nuestras competencias actualizadas.

Es un nuevo lunes. Juan aprovecha la hora que tarda conduciendo de su casa al trabajo para escuchar la radio y ponerse al día de las noticias, ya que cuando comienza su actividad diaria no tiene tiempo para nada.

Muchas veces va cambiando de emisora y escucha las informaciones sobre «el último caso de corrupción», «la bajada de la Bolsa», «cuatro parados al minuto», «los rostros de la crisis»... y como sólo comentan malas noticias y no está dispuesto a empezar su jornada con temas negativos, se encomienda a la música de su iPod para que le alegre el día.

Siente que la situación económica que se está viviendo no va con él. Su empresa no está acusando la crisis y él goza de una buena posición dentro de la compañía. Las cosas van a toda vela.

* * *

Normalmente no nos damos cuenta, pero el día a día y la inercia son tremendamente poderosos. Al menos a mí no me dejan plantearme nada que implique un cambio, o no me da tiempo a planteármelo. El caso es que la vorágine diaria ocupa todo mi tiempo y requiere de todas mis energías. Sólo se salvan la familia, los contactos que están más a mano y algún *hobby*. En definitiva, ¡tendemos a hacernos cómodos! Yo siempre he envidiado a quienes son capaces de planificar el mantenimiento de sus relaciones. Esa, ciertamente, es la única forma de no perderlas.

Lo mismo se aplica en lo referente a estar receptivo a otros posibles trabajos: durante años ni me lo he planteado, en realidad, prácticamente nunca. De hecho, te acomodas en una multinacional grande y que crece, porque pasas de proyecto en proyecto sin solución de continuidad; por distintas funciones y distintas divisiones, y cuando te ven inquieto, te propo-

nen un cambio. No te da tiempo a cansarte de lo que haces porque siempre hay algún evento que cambia tu trabajo habitual, hasta el punto que casi los esperas: fusiones y desinversiones, cambios de equipo o de estructura, nuevas responsabilidades, proyectos nuevos, etc.

Te gusta lo que haces, lo pasas bien, aprendes continuamente, te sientes cómodo en la organización, te sabes mover para conseguir lo que quieres o influir en lo que te parece importante, tus compañeros van pasando a ser amigos y el ritmo no te deja pensar en otros escenarios. A fin de cuentas, éste te gusta.

Supongo que la situación se complica si, como me pasó a mí, creía haber conseguido el objetivo profesional que me había propuesto al terminar la facultad, ¡y sin cambiar de compañía! ¿Por qué me iba a plantear un cambio si aquí lo tenía todo? Efectivamente, dejas de valorar otras opciones, pero no te importa. Incluso llegas a considerarte un privilegiado.

Lo cierto es que lo he pasado bien porque los momentos gratificantes superan con mucho los malos ratos. He hecho renunciaciones conscientes y he priorizado más o menos acertadamente. Nada de qué arrepentirse. Con mi actual perspectiva de los resultados, quizá hubiera tomado alguna decisión distinta, pero lo que me sucedió también me hubiera podido pasar en cualquier otra compañía o situación.

* * *

Todavía está amaneciendo cuando salgo para ir a trabajar y regreso a casa sin ver el sol. No tengo horario de entrada ni de salida y lo habitual es apagar el ordenador sobre las 9.30 de la noche y llegar a casa para cenar (donde me espera el portátil por si hay algo que dejar rematado). Menos mal que aunque mi hija es pequeña está acostumbrada al «horario de mayo-

res»: es la única forma de que conozca a sus padres y no piense que hay una pareja que está con ella los fines de semana.

Cuando ocupé mi puesto de nueva creación pensé que ese ritmo de trabajo no se podía aguantar durante mucho tiempo, pero me engañé. Nuevos productos y nuevas líneas de negocio hacen que siempre sea igual. El que a las 7.30 de la tarde tengas una reunión y te digan que «la tarde es joven» es lo habitual. Con este panorama no tengo tiempo para mantener contacto con familiares ni amigos, pero a pesar de todo estoy contenta en mi trabajo.

Creo que tengo un componente masoquista o «síndrome de Estocolmo», ya que cuando me llaman de algún *headhunter* no tengo el menor interés en cambiarme de compañía. Estoy bien. Me siento parte de la misma y ver cómo crece en número de personas, centros y beneficios es muy gratificante.

* * *

Recuerdo a menudo que mi abuelo siempre decía que antes se trabajaba de «sol a sol» para dar a entender que la vida era dura. Si pudiera responderle le diría que ahora yo trabajo de «luna a luna», pues generalmente no veo el sol ni al entrar ni al salir del trabajo. Seguro que él intuiría a qué nivel puede estar hoy en día la faceta personal y familiar.

* * *

Era como estar en un rodillo: continuamente entraban temas urgentes que resolver o que responder, las prioridades se atropellaban y una tras otra se recolocaban en la parrilla de salida. Claro, cuando llamaba un amigo o un compañero de trabajo, lo ibas relegando. Es una mezcla de «bueno, él sabe que estoy ocupado, lo llamaré al llegar a casa, seguro que no es urgente»

y de «hoy prefiero salir antes». Pero al llegar a casa ya no tienes ganas de nada, sólo de desconectar. Ahora veo que si me pasa algo, *el trabajo* al que di mi prioridad ¡no me llama! y las personas a las que yo no atendí como se merecían, tampoco.

* * *

El mundo laboral es muy competitivo, por lo que es *sumamente* aconsejable utilizar un poco del tiempo libre durante la actividad laboral activa para buscar y posicionarte en el mercado. Durante mi última actividad laboral me comprometí conmigo mismo a realizar por lo menos una o dos entrevistas cada dos o tres meses, tener mi currículum vitae (CV) actualizado, mantener mis contactos al día y reforzar mis conocimientos de acuerdo con los requerimientos del mercado actual. Esto no quiere decir que estés dispuesto al cambio, pero sí que asegura que estás al tanto del mercado. Así todo será más fácil cuando llegue el momento del cambio, un momento que, no lo dudes, ocurrirá.

Estoy convencido de que lo más importante para una persona es mantenerse siempre activo, buscando nuevas oportunidades incluso en tiempos donde parece que las cosas van *a toda vela*.

* * *

Siempre he sido de la opinión que cultivar el *networking* (o red social) es muy importante, pero nunca he encontrado tiempo para dedicarme a ello. Las jornadas son muy largas y no hay tiempo para actividades «extraescolares». Además, en el fondo, ya tengo suficientes contactos. Al cabo de un día veo a mucha gente y mi tarjetero está repleto. Luego, más adelante, casi desde el primer día de la transición, en un momento en

que tienes la sensación de que no andas muy sobrado de moral ni de apoyos, te das cuenta de que esos contactos no son sólidos; aunque hayan sido muy válidos en tu antigua rutina, ya no lo parecen tanto en esta nueva época. No son contactos personales. En ese preciso momento empiezas a echar de menos lo bien que te vendrían esas llamadas que podías haber hecho durante muchos días a lo largo de muchos años...

Entonces recuerdo las palabras de un compañero, muy ducho en el mantenimiento de su red social, que solía comentarme: «A mí no me resulta difícil cultivar el *networking* y, además, apenas me roba tiempo. Con unos minutos de las horas extra que tú echas diariamente, yo hablo todos los días con una persona de mi lista para mantener el contacto».

* * *

La búsqueda de empleo cuando estás en activo implica, primero, una concienciación del deseo de cambiar tu situación. Y también de que debes estar preparado para tu salida. Incluso puede darse la casualidad de que se te presente la salida obligatoria mientras estás buscando.

* * *

¿Qué pasa por tu cabeza cuando llevas mucho tiempo con un ritmo de trabajo muy alto? Tus proyectos salen, el negocio prospera con tu ayuda... No se te pasa por la imaginación un cambio de empresa o, cuando se te pasa, piensas «tengo que mirarlo, posiblemente no sea bueno estar tanto tiempo en la misma empresa». Ese «tengo que mirarlo» suele quedar aplazado una y otra vez y, salvo que te pongan la oportunidad en bandeja, no das el paso.

Son muchas las obligaciones que tenemos. Un profesional

con familia siempre tiene un montón de frentes abiertos. Se le exige un alto rendimiento en el trabajo, pero al mismo tiempo no puedes, no debes descuidar a tu familia. Te metes en un proceso de cuadratura del círculo imposible de resolver. Finalmente la inercia te lleva a aplazar esa búsqueda, posiblemente necesaria pero no acuciante. Cuando trabajas en proyectos debes pensar a tres, cuatro, cinco meses vista. Planeas y planificas contando con que tú vas a estar ahí para dirigirlos. Craso error.

He notado que la gente de mi generación y yo mismo, los que rondamos los cuarenta y tantos, compartimos esa mentalidad española o europea que nos lleva a tener cierta inclinación a la permanencia. El mercado europeo no es tan dinámico como otros. Iniciamos nuestros estudios y nuestra carrera profesional en un entorno de pocos medios, pocas ayudas y muy competitivo. En España, durante muchos años, encontrar trabajo era sinónimo de «tener un buen enchufe». Pese a todo y con mucho esfuerzo hemos ido escalando posiciones para, finalmente, trabajar en lo que nos gusta y en una empresa sólida. ¿Me la juego cambiando...? El tiempo y mi situación actual indican, evidentemente, que es una postura errónea. Hay que moverse, es bueno. Incluso puede pasar que en la empresa en la que estás, lejos de interpretar tu actitud como un gesto de fidelidad, dejen de valorarte por eso mismo.

Si empiezas a percibir que la organización ya no te valora como antes, posiblemente haya llegado el momento del cambio.

* * *

Era afortunado. En mi caso, la empresa me lo daba todo: coche, ordenador, móvil, ADSL en casa, y toda la formidable infraestructura de la oficina; en el paquete también tenía in-

cluida asesoría informática y personas que lo manejaban todo de maravilla. Para qué iba yo a duplicar en mi casa la impresora, el fax, la fotocopidora o el escáner si todas las mañanas tenía a mi disposición un equipo que le daba cien vueltas al que yo pudiera tener. Además, y no menos importante, así me ahorra un buen dinero.

* * *

Yo era de los que pensaba que me jubilaría en la empresa en la que estaba trabajando y en la que llevaba cerca de 20 años. Un día cayó en mis manos un libro llamado *¿Quién se ha llevado mi queso?* Después de leerlo empecé a darle vueltas a la posibilidad de cambios inesperados en mi vida laboral.

Lo único que hice, y creo que sólo para tranquilizar mi conciencia, fue hacer un curso de UNIX y tomarme un poco más en serio las clases de inglés. Hoy, a toro pasado, me doy cuenta de que me hubiese sido más útil tener actualizada mi lista de contactos y mi currículum vitae.

RECOMENDACIONES

¿Te has preguntado alguna vez...?

- ¿Cuánto tiempo dedico a mi familia, a mi entorno y a mí mismo?
- ¿Me jubilaré en esta empresa donde ahora no queda casi nadie que pase de los cincuenta?
- ¿Estoy preparado si por una razón u otra tengo que cambiar de empresa?
- ¿Con qué contactos útiles cuento?

- ¿De qué recursos materiales y económicos dispongo si salgo de la empresa?
- ¿Tiene telarañas mi CV? ¿Cuándo fue la última vez que le saqué brillo?
- ¿Estoy preparado emocionalmente y tengo un plan de contingencia llegado el caso?
- ¿Estoy al tanto del mercado laboral y de lo que valgo?
- ¿Hago de vez en cuando alguna entrevista externa para mantenerme engrasado?
- ¿Cuántos *headhunters* o empresas de selección saben que existo?
- ¿De qué infraestructura dispongo si mañana mismo ya no puedo utilizar la de la empresa?

¡¡Pues deberías preguntártelo!!

(Encontrarás más información y recomendaciones en el Anexo 1.)